

Los términos inmunológicos usados con corrección

Roberto Pelta Fernández *

JUAN MANUEL IGEA AZNAR (2019): *El sistema inmune no existe. Una guía para el uso reflexivo de los términos científicos*. Editorial Académica Española; 108 pp. ISBN: 978-613-9-41097-2. Precio: 54,90 €.

Un título aparentemente contradictorio como *El sistema inmune no existe. Una guía para el uso reflexivo de los términos científicos*, que corresponde al libro publicado por Editorial Académica Española, del que es autor el doctor Juan Manuel Igea Aznar, alergólogo y experto en terminología, traducción y revisión de textos médicos, halla su razón de ser en las primeras líneas de la introducción al texto, cuando mi colega afirma:

no se trata de «un sistema que está protegido frente a sí mismo», que es el mensaje que codifica la expresión «sistema inmune». ¡Qué locura! ¿Para qué serviría un sistema encargado de protegerse frente a los problemas que él mismo ocasionara?

Pero más allá del título, la intención de la obra se justifica porque, como avezado traductor de textos de inmunología, sabe bien su autor que:

Todas las especialidades científicas sin excepción se apoyan en cuerpos terminológicos imprecisos, incoherentes, una gran parte de nuestros términos científicos es en realidad anacrónica, con la dificultad añadida que introduce la traducción a otros idiomas de la terminología acuñada en su idioma original.

En la conferencia titulada «Utilidad de aumentar en el Diccionario los vocablos técnicos y científicos de uso corriente», que pronunció el doctor Gregorio Marañón en el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Madrid del 22 de abril al 2 de mayo de 1956, sostenía que:

Los diccionarios oficiales en todo el mundo han mostrado una cierta resistencia ante el aluvión de los modernos tecnicismos; una resistencia que podría tener su explicación. Pero, a la vez, un pecado más grave, el de la indiferencia. El hombre crea la palabra a la par que el invento y, por lo común, no se cuida de que su parto filológico se atenga o no a las reglas del arte. Y por eso, con mucha frecuencia, nacen palabras que son abortos o

monstruos; pero que, sin embargo, corren y se afianzan de boca en boca y en cuanto este contagio se ha realizado, ya nadie las puede variar. Porque es más fácil desarraigar una idea de la mente de los hombres que modificar una palabra incorrecta.

En nuestros días, el doctor Igea se hace eco de esa confusión que, como apuntaba Marañón, sigue vigente debido a los tecnicismos y logra poner orden en el que denomina «caos terminológico que exhibe el mundo de la inmunología», partiendo de una acertada premisa: «una comunicación deficiente es un mal compañero del pacto, el entendimiento y la mejora en cualquier ámbito».

El autor describe con precisión y de manera diáfana los distintos tipos de inmunidad, da cuenta de forma pormenorizada de los diferentes componentes del sistema inmunitario y habla de los que denomina «errores del sistema inmunitario», un epígrafe donde agrupa los conceptos de hipersensibilidad, alergia y autoinmunidad, para dar paso a las vacunas, que considera «el mayor éxito de la inmunología».

En las primeras páginas de su obra deja muy claro el Doctor Igea que:

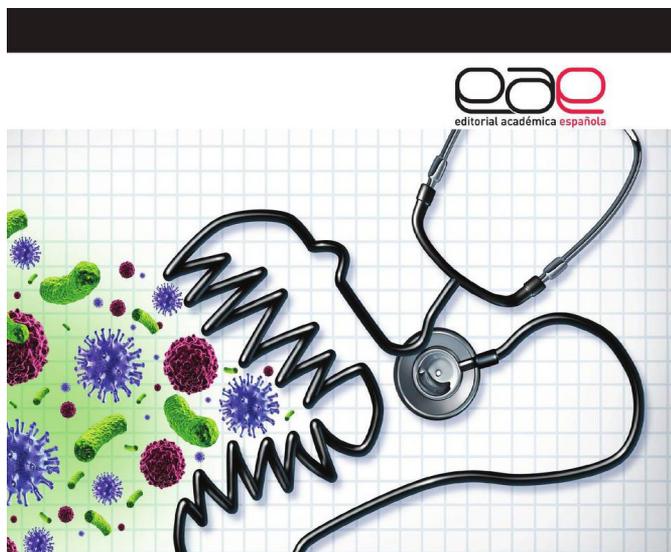
Cuando queremos referirnos a individuos que están protegidos frente a una enfermedad deberemos utilizar con toda propiedad el adjetivo «inmune», pero cuando nos refiramos a componentes del propio sistema inmunitario deberemos utilizar el adjetivo que expresa relación con la inmunidad y que en español es «inmunitario» porque ellos no están protegidos frente a ninguna enfermedad, sino que forman parte del sistema que provee tal protección.

Con la lectura del referido libro haremos un entretenido viaje por la historia de la inmunología, pues la vocación humanística de su autor le lleva a aclarar por ejemplo que el término *Immunitas* apareció por primera vez en el libro *Historias*, del historiador griego Polibio (200-117 a. C.), y que:

no se acuñó para describir ningún concepto fisiológico ni médico, sino una realidad legal que representaba la exención por parte de ciertos estamentos sociales de la realización de ciertas tareas o del pago de ciertos impuestos.

Por poner otro ejemplo, cuando explica Igea lo que significa «privilegio inmunitario», indica que el término lo usó por pri-

* Médico Adjunto de Alergología del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid. Miembro Numerario de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas.



Juan Manuel Igea Aznar

El sistema inmune no existe

Una guía para el uso reflexivo de los términos científicos

mera vez el inmunólogo Peter Brian Medawar en 1948 para referirse a la larga supervivencia que observó de injertos cutáneos colocados dentro de la cámara anterior del ojo. Pero, además de estos apuntes historiográficos, leyendo *El sistema inmune no existe* conoceremos la etimología de términos de uso común como *antígeno*, a partir de los vocablos griegos *anti* (frente a) y *gen* (que genera):

en el sentido de «algo capaz de generar lo contrario», en este caso un anticuerpo. El término se documentó por primera vez en francés (*antigène*) en 1899 en un artículo del bacteriólogo húngaro Ladislas Deutsch en el que nombraba unas sustancias hipotéticas que eran entre constituyentes bacterianos y anticuerpos (*substances immunogènes ou antigènes*).

Igualmente, Igea explica el origen del término anticuerpo:

se acuñó en alemán (*antikörper*) y se debe a Paul Ehrlich. Apareció por primera vez en la conclusión de su artículo sobre sus estudios experimentales de la inmunidad (1891). Él creía que cualquier célula del organismo podía producir anticuerpos, y esa idea prevaleció hasta 1942, en que el anatomopatólogo William E. Ehrlich y el pediatra Tzvee N. Harris, ambos estadounidenses, demostraron que solo los linfocitos los producían.

Sirvan estos ejemplos para dejar claro al futuro lector que el autor no deja cabo suelto, ha escrito una obra bien documentada y explica con admirable nitidez y concisión por qué es necesario conocer la evolución de conceptos tan comunes como son los linfocitos:

desde su primera observación a finales del siglo XIX, se les consideraba células características de la linfa y de los tejidos linfáticos que nacían en los centros germinales de estos últimos. Muchos años después se descubrió que mielocitos y linfocitos surgían en la médula ósea, pero que tenían células progenitoras diferentes dentro de ese órgano generador. Luego en la actualidad tenemos que adaptar esa vieja terminología y considerar mielocíticas o linfocíticas a las células en función de la célula precursora de la que proceden.

Y sin abandonar las estirpes celulares, resulta meritorio, en un país como España, donde aún resuenan por su actualidad los ecos del poema de Antonio Machado: «Castilla miserable, ayer dominadora, / Envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora...», que el Doctor Igea nos recuerde que, aunque:

el término «célula plasmática» (*plasmazellen*) fue acuñado por el anatomista alemán H. W. G. von Waldeyer-Hartz en 1875, la primera descripción precisa se debe al español S. Ramón y Cajal en 1896.

Y con la misma claridad y precisión expositiva nos habla Juan Manuel Igea a lo largo de su obra de términos tan especializados como «receptores de reconocimiento de patrones» (del inglés *pattern recognition receptors*, o PRR), de «receptores del tipo *toll*», del origen de los «anticuerpos monoclonales», del descubrimiento de los «antígenos leucocíticos humanos (HLA)», claves para entender el rechazo frente a tejidos ajenos, y así hasta un largo etcétera. Se percibe además a lo largo del texto que su autor no tiene un conocimiento meramente teórico de las acepciones recogidas por la RAE en su *Diccionario*, sino que es fruto de muchas horas dedicadas a la traducción, como sucede al referirse al «entrecruzamiento» de receptores:

porque tendemos a imaginar que los receptores se dispusieran cruzándose entre sí, Pero otro significado de «entrecruzar» es el de formación de puentes entre estructuras (en este caso, receptores) para su acercamiento.

Asimismo, quiero resaltar que, llevado por su intención didáctica, el autor de *El sistema inmune no existe* no duda en aportar su granito de arena en cuestiones que siguen planteando dudas a los expertos:

Con frecuencia se duda al escribir el nombre de los linfocitos memoria. ¿Es mejor «linfocito memoria» o «linfocito de memoria»? La respuesta es que no hay ninguna regla gramatical que haga más correcta una u otra forma

y ambas son perfectamente lícitas. Yo recomiendo la primera por economía y por ser más parecida al original inglés, aunque debo confesar que no me gusta ninguna. Yo les llamaría “linfocitos tímésicos” (del griego *thymesis*, recordar) porque en realidad no son células memoria, sino células que disfrutan de ella, que tienen memoria y por eso pueden recordar.

Concluyo afirmando que *El sistema inmune no existe* es un verdadero manual de estilo muy bien documentado, de obligada lectura para cualquier persona que pretenda hablar o escribir con la debida corrección en español sobre términos relativos al mundo de la inmunología.



Vencejo, bolígrafo sobre papel (2019)